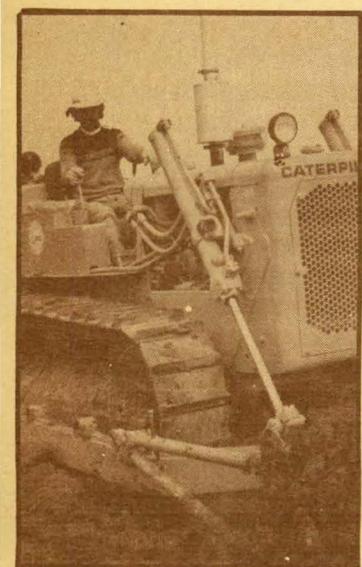


# La conspiración del consumismo

# ¿Cuál Crisis?

Dic - 28 - 1977

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Fabrican muchos Galaxies y lo que falta son tractores.

Si Walter Tevis, autor de la novela, o Nicolas Roeg, director de la película, hubieran dispuesto que "El hombre que cayó a la tierra" (Thomas Jerome Newton, interpretado en la cinta por David Bowie) hubiese aterrizado no en los Estados Unidos sino en la ciudad de México, probablemente hubiese preguntado, ¿cuál crisis? si oyera a alguien hablar de ella.

Por supuesto, Thomas Jerome Newton hubiera debido transitar, en diciembre y en las calles céntricas de la capital para

estar en condiciones de formularse tal pregunta. Las enormes multitudes de automovilistas, de transeúntes, que entorpecen más que nunca la circulación; los desfiles interminables ante los escaparates, los mostradores y las cajas de las tiendas; la iluminación "feérica", como se decía en los programas de las celebraciones cívicas de antaño; hasta los rostros de las muchedumbres, transfigurados o por lo menos alegres a causa de su participación en el rito del consumo de fin de año, todo haría suponer al extraño visitante que quienes hablan, y se quejan, y buscan salidas a la crisis son estúpidos, o malévolos, o plañideros.

Todavía más: si el hombre que cayó a la tierra lo hubiera hecho en el diciembre capitalino, y con su desmedido afán por ver programas de televisión hubiese atendido los canales del consorcio monopolístico, o hubiese repasado las páginas de algunos de los grandes diarios, hubiera ratificado aquella idea. La imagen que de nuestra sociedad se desprende revisando los anuncios electrónicos o impresos corresponde a la de un país pujante, sin conflicto interno, dueño de una economía armónica, que produce lo que se necesita.

Este distorsionante resultado es un triunfo más de la conspiración del consumismo. Ya se sabe que los espíritus esquemáticos disfrutaban con explicaciones novelescas de lo social. Los fascistas, nuevos y viejos, propalan la existencia de una gigantesca conspiración judeomasónicomunista destinada a apoderarse del mundo y borrarle sus esencias cristianas (como si la injusticia reinante en el mundo permitiera creer que resta algún vestigio de tales esencias). Sólo por vía de ilustración, y de metáfora, podemos nosotros hablar de la conjura de los consumistas, destinada en última instancia a mutilar al hombre, a cercenarlo doblemente, pues se le vuelve unidimensional, sólo comprador, y se le arrebatan los últimos restos de libertad de elección de su propia conducta.

En ello radica el pecado del consumismo, según pienso. Por supuesto, en términos sociales y económicos causa perjuicios muy graves también. El consumismo hace, por ejemplo, que las plantas automotrices fabriquen Le Baron o Galaxie cuando lo que el país requiere son tractores. El mecanismo productivo se distorsiona, enchueca y acaba socavando sus propios cimientos. ¿Qué pasa, en efecto, en una sociedad organizada para el consumo superfluo e irracional cuando éste cesa por que no hay compradores, porque el desempleo crece?

Metidos todo el tiempo dentro de los sistemas que propician el consumo irresponsable e injusto (pues a pesar de su aire decimonónico sigue siendo justa la expresión según la cual nadie debe gozar de lo superfluo cuando alguien carece de lo estricto), la compulsión a comprar se acentúa en los dos últimos meses del año. Tanto se intensifica el fenómeno que, a mi juicio, se convierte en un problema político y económico de interés público inmediato, que amerita ser examinado en estas páginas, como a tropicónes estamos queriendo hacerlo. El consumismo se convierte en una deformación social que debe ser enfrentada por el gobierno y los ciudadanos como parte de la

UN ABSURDO DESEO DE COMPRAR, LO QUE SEA, A PRECIOS